

debo dejar constancia por escrito de aquello que he meditado á solas y la sana filosofía me lo ordena, recordándome lo que debe ser la gratitud.

El día 2 tuve la fortuna de recibir de S. S. el título de doctor en jurisprudencia, y naturalmente en aquel instante que no puede explicarse por las múltiples emociones que produce, volví mi vista al pasado y examiné todo el trayecto de mi carrera, y me puse á indagar quién me había llevado á coronarla.

Más que indagación fue sólo un recuerdo, un reconocimiento de los hechos, y vi que los autores de esa obra coronada habían sido Dios, mis padres y S. S.

A Dios se lo he manifestado en mis oraciones; á mis padres se lo he dicho en las íntimas conversaciones de familia, en el sagrado recinto del hogar; á S. S. se lo he expresado en mi segundo hogar, que ha sido el Colegio del Rosario; pero le debo una manifestación pública, un reconocimiento solemne.

S. S. ha sido para mí un protector, y por eso me complace en reconocerlo así por medio de esta carta, de la cual puede S. S. hacer el uso que estime conveniente.

Era esta una deuda que debía cumplirse religiosamente, pues las deudas del alma no se pagan en secreto.

Su obediente servidor,

ALBERTO ABELLO PALACIO

LA ESCUELA CLÁSICA

SU PROBLEMA EN EUROPA

Turin, Mayo de 1911

Una de las grandes cuestiones que se agitan ahora en el mundo es la de la escuela clásica, que va decayendo rápidamente en todos los países.

En Francia, en Alemania, en Austria, en Italia, gobiernos, profesores, filósofos, parlamentos, congresos, se ocu-

pan de esto, especialmente desde hace diez años. Respecto á como deben estar organizadas las escuelas elementales, no hay graves dudas ni disentimientos profundos: los progresos en este campo son continuos y seguros, lo mismo en Europa que en América, en América aún más que en Europa. También respecto de las universidades, si bien son muchos los lamentos, no son tan grandes las disputas, ni las disidencias profundas: todos están de acuerdo en que las universidades deben existir y tener, más ó menos, la organización que tienen ahora. En cambio de la escuela media y clásica, se podría decir muy bien "*tot capita tot sententia.*" Unos la proclaman decididamente inútil y la quieren suprimir. Otros la creen más necesaria que las escuelas elementales y que la universidad, y ven en ello la gran superioridad de la Europa sobre la América.

Ni son menores tampoco las desinteligencias entre los defensores de la escuela clásica y secundaria, respecto del modo en que ésta debe estar organizada. El gobierno italiano nombró hace siete ú ocho años una comisión de profesores para estudiar esta reforma: cinco años discutieron entre ellos, y han formulado tantos proyectos que el gobierno no sabe cuál adoptar. En el programa del nuevo ministerio, el honorable Giolitti anunció en la cámara, el 6 de Abril, una reforma de la escuela secundaria: veremos qué será; pero no cabe duda que será una reforma laboriosa. Entretanto, mientras los gobiernos estudian las reformas, los pueblos están aboliendo la escuela clásica por su cuenta. Nadie estudia ya nada en los gimnasios y en los liceos, y los profesores son ya impotentes para luchar contra esta holgazanería de sus escolares, apoyados por sus consejeros naturales, los padres, los cuales casi todos piensan que estas escuelas no deben servir para otra cosa más que para hacerles perder años á los muchachos, estudiando el latín y el griego....

¿Cómo se explica esta crisis? Yo no creo que dependa de haber modificado poco los programas de la escuela

clásica; pero sí de haber variado demasiado la calidad de las personas que concurren á sus bancos. En un bellissimo artículo publicado en *Revue des Deux Mondes* del 1º de Abril, Emile Faguet hace notar que en un tiempo la escuela secundaria era llamada la escuela clásica, porque enseñaba esencialmente los fundamentos de nuestra cultura: el latín, el griego, la literatura nacional, y había sido creada para una aristocracia, la cual buscaba en ella nada más que la refinada cultura general, la elegancia en escribir y el componer, el gusto por las cosas teóricas.

Se ha apoderado de ella entre tanto una democracia que quiere dar á sus hijos lo más pronto posible las nociones necesarias para ejercer una profesión lucrativa y que no comprende ni aprecia las dotes de alta cultura general que no pueden traducirse inmediatamente en dinero. ¿Cómo podría la escuela clásica complacer á estos nuevos patrones sin desnaturalizarse? Y en esta observación de Faguet está el nudo de la cuestión. Las escuelas secundarias han sido invadidas, en Europa, durante los últimos treinta años, no diré tanto como Faguet por la democracia, sino por las clases medias, que quieren mejorar rápidamente su condición económica; y éstas toleran cada vez con mayor disgusto que en homenaje al griego y al latín se interpongan tantos años entre la enseñanza de las escuelas elementales y la de la universidad, que son las únicas estrictamente necesarias para la carrera que se desea adoptar, imponiendo á las familias sacrificios inútiles.

Por si esta es la razón del mal, la cura parece ser claramente indicada por la misma enfermedad, y ser, en teoría á lo menos, bastante simple.

Para devolver á la escuela secundaria y clásica su primitivo prestigio y valor, satisfaciendo á la democracia que no quiere saber nada de su programa, lo que hay que hacer es restringirla á un número más pequeño de personas, devolviéndola á la parte de público para que fue creada: á la aristocracia de la sociedad del dinero y de la cul-

tura que la pueda apreciar para sí y para sus propios hijos, exonerando á las clases medias, que quieren aprender rápidamente las profesiones lucrativas, de la obligación de frecuentarla.

El público tiene en parte razón; para curar un enfermo y para construir una casa (1) no hay necesidad de haber aprendido el latín, de poseer una cultura literaria y filosófica. Debe permitirse, pues, hacerse médico é ingeniero para no hablar de las profesiones menores, así como se llega á pintor ó músico sin haber invertido tantos años en Cicerón ó Demóstenes.

Pero entonces se dirá, ¿quién frecuentará estas escuelas clásicas si se vuelven facultativas? ¿Quién querrá perder años y dinero en este siglo tan ávido de oro y tan lleno de prisa, si este estudio no tiene compensación? La escuela secundaria fue creada por una aristocracia á la cual no urgía andar ligero, pero sí aprender bien: y hoy, hasta á la aristocracia del dinero y de la cultura, le interesa más andar ligero que saber bien. Por otra parte, en lo pasado, á aquellos que habían hecho á fondo sus estudios, les estaba reservados una porción de puestos en la administración del Estado, y crear ahora privilegios, con el viento que sopla, no es cosa fácil. Todo esto es verdad; pero también es cierto que si se quiere salvar la escuela media y toda la gloriosa tradición de cultura que en ella se funda, por lo menos en Europa, es necesario, sí, abrir las profesiones lucrativas á las clases medias, desprovistas de cultura clásica; pero reservando todas las altas funciones políticas y administrativas, la magistratura, la diplomacia, á la enseñanza universitaria, y todos los cargos más elevados del estado á personas que hayan recibido en la escuela clásica una fina cultura general, *literaria y filosófica*. Esto sería práctico y lógico al mismo tiempo.

(1) Como quien dice: para ser curandero ó albañil. Más abajo pídese para los *profesores* en medicina la preparación clásica.

Si para curar enfermos y para construir casas no se requiere una cultura general, esta cultura es, por el contrario, indispensable, á lo menos en una civilización como la nuestra, que ha sido creada por filósofos, juristas y literatos, á los que deben redactar las leyes ó aplicarlas; al que debe enseñar, *aunque sea la medicina, ó dirigir las grandes reparticiones del estado*, ó representarle en las múltiples funciones del gobierno. En una civilización intelectual el que tiene el cargo de dirigir á los otros hombres y de representar por lo tanto el alma colectiva de las naciones, tiene que poseer una cultura general, porque su tarea es de orden general, y la cultura general no es posible obtenerla sino en la escuela clásica.

Una curiosa prueba de esto la dio recientemente en Francia el *Comité des Forges*, la asociación de los grandes metalúrgicos de aquel país. En una carta dirigida al Ministro de Instrucción, le ha escrito, á propósito precisamente de los estudios clásicos, que los jóvenes ingenieros salidos de las "escuelas modernas" en que están abolidos los estudios clásicos, no valen lo que los graduados en las escuelas clásicas, precisamente á causa de su menor capacidad para expresar en sus verdaderos términos las cuestiones de orden general, tan importantes en las grandes industrias; y de exponer sus ideas en informes claros, nítidos, comprensibles y precisos. Si la cultura general y clásica es necesaria hasta para dirigir bien una gran industria, ¿cómo puede admitirse que sea superflua en quien debe dirigir un estado? En resumen, el verdadero modo de salvar la cultura clásica es convertirla en la cultura de una pequeña minoría, que se prepare para las altas funciones del estado. Así se satisfarían las tendencias opuestas. Se daría satisfacción á la democracia que quiere hacer estudiar á sus hijos rápidamente, y se aumentaría el prestigio de la burocracia gubernativa, creando una verdadera aristocracia intelectual, que sería necesariamente reclutada en esa parte de la burguesía rica que más aspira á la cultura.

La enseñanza impartida á jóvenes que no tienen prisa de concluir sus estudios y que comprenden la utilidad social que estos estudios tendrán para ellos, sería más eficaz, y los profesores, alentados por los estudiantes, que en parte son el eco, pero que en parte son también el impulsor del maestro, enseñarían mejor, con más ardor, con mayor amplitud, pasión é intensidad. Así quizá podría realizarse el milagro en que trabajan hoy tantas comisiones y se volvería á la escuela clásica, cuya decadencia es quizá más peligrosa, al menos para los viejos estados de Europa, que la decadencia de la escuela elemental, porque si la decadencia de la escuela elemental produce la ignorancia del pueblo, la decadencia de la escuela clásica llevaría á la barbarización de las clases superiores y á su disgregación. En efecto, la escuela secundaria, dando más ó menos una cultura común á todos los que, en las altas clases, aunque ejerciendo distintas carreras, se encuentran todos los días en contacto en la vida social, constituye un punto de contacto, una especie de común denominador al que cada cual puede referirse para juzgar á los otros hombres; un terreno neutral, en el que cada cual puede tener la seguridad de que al hablar interesará á los demás y será comprendido; y, en fin, digamos la palabra, las vendrá á servir como una parentela ideal. Por esto, en efecto, ¿la escuela media resiste más tenazmente en Francia, donde la vida social es más viva y su razón de ser más evidente.

Por esto nosotros tenemos siempre mayor interés en salvarla en este siglo en que el vapor y el telégrafo han aproximado hombres tan distintos por sus tradiciones, usos, costumbres é intereses. Una cultura común, que sólo puede ser la cultura clásica, es el último y único hilo que puede atarnos en lo presente como en lo pasado, y espere-mos que en lo futuro, á lo menos á los grupos más influyentes de las clases directoras.